

Domingo X Tiempo ordinario

Génesis 3, 9-15; 2 Corintios 4, 13-5, 1; Marcos 3, 20-35

«¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Estos son mi madre y mis hermanos. El que haga la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre»

9 junio 2024 P. Carlos Padilla Esteban

«Sé que las luchas serán continuas y las derrotas. Me hundiré y sentiré sus brazos alzándose entre las aguas. Pensé que me hundía, le diré entre lágrimas. Sonreiré feliz, salvado»

El otro día escuché una propaganda interesante. Una persona aparecía mirando a otro que aparentemente tenía éxito y comentaba para sí misma: ¡Qué buena vida! Al mismo tiempo alguien desde lejos miraba lo que él hacía y comentaba lo mismo. Y así uno tras otro aparecían comentando lo mismo de otras personas. La conclusión, después de llegar al comienzo de la rueda, es la siguiente: cuando dejes de compararte descubrirás aquello en lo que eres único. Cuando deje de comparar mi vida con la vida de otros, de los que triunfan, de aquellos a los que les va bien en su vida. Cuando me mire sólo a mí y piense: ¿Cuál es mi belleza? ¿Dónde está mi originalidad? ¿Qué tengo que los demás no tienen? ¿Cómo me creó Dios dándome un carisma muy propio, el mío? Tengo algo que dar que los demás no podrán dar. Siempre lo podré hacer, no sólo cuando sea joven y me encuentre en la plenitud de mis fuerzas, no sólo cuando esté sano y sea reconocido por todos. Habrá otros momentos en los que seguiré siendo importante para Dios. Mejor dicho, seré fundamental, irremplazable. Leía el otro día: *«En cambio hoy el hombre muchas veces no es valorado como persona. Cuando es viejo y se convierte en una carga para su entorno, entonces, '¡fuera con él!'. La pieza inservible es descartada y se coloca una nueva. He ahí el trato que se da al hombre en las últimas décadas»*¹. No soy la pieza de un engranaje. No soy una máquina que puede cambiarse cuando quede obsoleta. A veces me preocupo y me pregunto si ya no estaré actualizado. Puede que me repita o quede anticuado en mi forma de ver la vida. Aun así tendré algo importante que aportar, desde mi originalidad, desde mi belleza. Y luego seré un viejo y puede que sienta entonces que mi vida deja de tener sentido. El valor de una sociedad viene determinado por la manera como tratan a sus ancianos. En ellos reside la sabiduría y son la historia hecha carne. No me hace bien vivir comparándome. En los demás veré cosas muy atractivas. Incluso en ciertos momentos desearé vivir sus vidas, despreciando la mía. Me equivocaré. Las comparaciones pueden llenarme de amargura y de insatisfacción. De nada sirve compararme con los que están mejor que yo. Ellos tienen su aporte, su belleza, su originalidad. Yo tengo la mía. Si no soy feliz con lo que tengo no voy a ser feliz imitando la vida de los otros. Sus caminos son únicos igual que el mío. No pretendo imitar a los que tienen éxito y logran objetivos maravillosos en su camino. La verdad es que nunca me comparo con los que están peor que yo. Ni con los enfermos, ni con los ancianos, ni con los que han fracasado en sus proyectos y empresas. Ellos no me parecen admirables. Al mirarlos no exclamo: - ¡Qué buena vida! Quiero alegrarme de ser como soy. Disfrutar conmigo mismo y no vivir exigiéndome cosas que no puedo dar y resultados que no van a llegar. Me gustaría hacer las cosas de otra manera y siempre puedo mejorar. No quiero ponerme un techo. Ni vivir anclado en aquella zona de confort que durante mucho tiempo me ha dado resultados. No quiero apegarme a lo de siempre y estoy dispuesto a vivir con alegría los cambios, aunque a veces duela cambiar. La vida da muchas vueltas y siempre es posible crecer. Ahora estoy en este lugar, mañana podré estar en otro. No por miedo a fracasar voy a dejar de aventurarme. Confiado daré pasos creyendo que es lo que Dios me pide. No tengo miedo a que no lleguen los resultados. Dios me ha creado para que entregue mi originalidad, no me ha dado la vida para que consiga muchos frutos. Si me dejo guiar por Él vendrán los frutos, y los éxitos y la vida se llenará de esperanza. No quiero amargarme ni amargar a nadie con quejas. No quiero ser desconfiado y deseo confiar con toda mi alma. Dios sabe lo que ha sembrado en mi corazón y eso es lo único que puedo entregar con mucha humildad, con mucha paz. No imito a los

¹ Dorothea Schlickmann, José Kentenich, *una vida al pie del volcán*

que hacen todo mejor que yo. Acepto que sus formas seguro que son mejores. Las mías también valen porque así me ha creado Dios. Y ese don mío es un regalo para todos los que me conozcan. No pretendo ser mejor que nadie. **Sólo yo mismo y espero que siendo sólo yo, sea feliz cada mañana.**

Es este un tiempo del instante, del momento. Y al mismo tiempo existe una incapacidad para vivir en el hoy, en el aquí. Por un lado nadie quiere tomar decisiones absolutas y definitivas. Es mejor vivir el ahora, lo que toca. Por otro lado uno vive anclado en rencores del pasado, en heridas que siguen sangrando y angustiado por un futuro que sólo me plantea interrogantes, despierta dudas y me amenaza con temores. Parece imposible esta actitud tan contradictoria. Pero es así. Vivo corriendo de un lado al otro, sin asumir responsabilidades duraderas. Y al mismo tiempo parezco incapacitado para vivir donde estoy y hacer lo que tengo que hacer ahora mismo sin angustia, sin agobios. En medio de esta vida que fluye, que se desliza de forma vertiginosa, me sigue sorprendiendo el sí de unos jóvenes que después de diez años de novios se dicen que se quieren para siempre. ¿Es posible amar de esa manera? ¿Cómo se hace? ¿Quién me da el poder para no cansarme nunca, no desenamorar me, no tirar la toalla cuando vengan las dificultades y los contratiempos? ¿Acaso existen personas que nacen con el don del amor eterno? ¿Dónde se encuentra ese talento? ¿Es algo innato? El cansancio, el aburrimiento, la rutina, ¿no matan el amor? Y lo que es más difícil, los cambios. Los que yo creí que iban a venir y no vinieron. Los que pensé que nunca sucederían y sucedieron. Me casé con una persona y el tiempo me la ha cambiado. O yo mismo he cambiado con el paso de los años y ahora busco otras cosas. O puede ser que no me guste la vida de los adultos, llena de compromisos y obligaciones, sin risas, sin fiestas, sin luces. O puede que mi propia familia no sea un modelo que yo quiera replicar. No quiero lo de mis padres, no quiero su forma de quererse, no quiero la familia en la que nací y crecí. Puede ser que la palabra eterno la haya erradicado de mi vocabulario. ¿Para qué necesito decir que algo es eterno si yo soy caduco? En un instante puede cambiarme la vida. Un accidente, una enfermedad, una pérdida, un desamor. Lo eterno es intangible. No lo puedo tocar, no lo puedo retener. Se me escapa entre los dedos como este tiempo que quiero ralentizar para no hacerme viejo. Sin compromisos, sin un te quiero para siempre. ¿Cómo puedo medir mi te quiero para saber si va a llegar a ser eterno? Imposible medir cuando hablo de compromisos eternos. Decirte que te quiero por un tiempo es válido. El amor son emociones y las emociones cambian. Hoy sí, quizás mañana deje de quererte o piense que quiero más a otra persona. La fidelidad es una palabra bonita. Me gusta que sean fieles conmigo. ¿Yo? No es tan fácil. Hace falta una fuerza que yo no tengo. ¿Cómo voy a ser fiel toda mi vida? En mi celular un scroll me hace vivir muchas emociones sin pausa. No dejo de mover el dedo y ante mis ojos inertes transcurren muchas vidas, escenas, palabras, imágenes que me calman o inquietan. Paso de una a otra sin pausa, sin reflexión. No recuerdo lo que he visto en unas horas. Olvido lo que me causó alguna impresión. Otras emociones vienen, otras experiencias. No hay pausa. ¿Es eso algo parecido a la eternidad? Es lo que me gusta, el cambio continuo, constante. Ahora uno vive más años, muchos, demasiados. El que los vive, claro. Y en ese caso, ¿cómo puedo amar en tantos años sólo a una misma persona? ¿No me habrá hecho Dios para varios amores? Será más fácil llegar a viejo si voy conociendo diferentes personas, amando diversas vidas. Todo por un tiempo. Nada tan definitivo que no se pueda cambiar. ¿Cómo mantener algo que no me gusta hasta la eternidad? Puede que me gustara mucho al principio, luego llegó la rutina, el cansancio o simplemente la falta de amor. Y el corazón se llenó de polvo, de amargura, de rencor. ¿Cómo se puede seguir amando siempre al que me ha traicionado, al que me ha hecho daño? Porque el que ama a veces puede hacer daño. Y las heridas duelen y no son fáciles de perdonar. Me gustaría que alguien me dijera si voy a dejar de amar un día a quien hoy digo amar. Una bola de cristal que me predijera el futuro. Nunca tendrás problemas, todo te irá bien, nadie te hará daño. Alguien que me pudiera asegurar que no voy a sufrir. Y es que no estoy hecho para el dolor. La cuerda placer- dolor se estira y yo quiero que abunde más el placer que el dolor, más la alegría que la tristeza, más la paz que la guerra. No puedo decirte que sí para siempre. No puedo asegurártelo. A veces siento que una emoción que vivo pudiera llegar a ser eterna. No es así, cambia, la alegría de un día se torna tristeza más tarde. La pasión de un momento se convierte luego en desprecio. La fidelidad de ahora se transforma en olvido mañana. No sé cómo lo hacen algunos para decir que sí en un momento dado y sostenerlo siempre. ¿Estarán hechos de otra manera? ¿No necesitarán cambios y les bastará con esa paz de rutinas y hábitos para ser felices? Hay otras almas inquietas que no pueden someterse a esa eternidad impuesta como una losa sobre el futuro. Amarte siempre, permanecer a tu lado siempre,

cuidarte siempre, respetarte siempre, buscarte siempre. ¿Y si claudico? ¿Y si no es posible llegar al final del camino? No quiero decepcionar a nadie, tampoco a mí mismo. Prefiero decir que sí por un tiempo. Luego cambiar y deslizar mi dedo por un scroll interminable de **emociones. Como jugando con esta vida. sin exigencias, sin miedos, sin ansiedades.**

A veces mi fe depende de mi necesidad. Necesito la salvación, la salud, la esperanza y la pido de rodillas esperando que Dios me la conceda. Pero mi fe es pequeña. No es tan grande como la de aquel oficial romano que tenía un criado enfermo: *«El oficial romano envió unos amigos a decirle: - Señor, no te molestes, porque yo no soy digno de que tú entres en mi casa; por eso ni siquiera me atreví a ir personalmente a verte. Basta con que digas una sola palabra y mi criado quedará sano. Porque yo, aunque soy un subalterno, tengo soldados bajo mis órdenes y le digo a uno: - ¡Ve!, y va; a otro: ¡Ven!, y viene; y a mi criado: - ¡Haz esto!, y lo hace. Al oír esto, Jesús quedó lleno de admiración, y volviéndose hacia la gente que lo seguía, dijo: - Yo les aseguro que ni en Israel he hallado una fe tan grande. Los enviados regresaron a la casa y encontraron al criado perfectamente sano»*. No era digno de que Jesús entrara en su casa. Le bastaba con una palabra dicha desde lejos, en la distancia, con las puertas cerradas. Una orden dada al aire para que la salud volviera. Esa fe era tan grande. A menudo veo que mi fe no es grande. Dudo de mí, de mis capacidades. Dudo de lo que puedo llegar a hacer, a lograr, a conquistar. Dudo del poder de Dios. ¿Podrá hacer algo Dios por mi enfermedad? No veo los milagros y dejo de creer en ellos. Aquel hombre no era creyente, era pagano, oficial romano, y tenía mucha más fe que los que sí creían en Dios. Creía en el poder de Jesús. Había visto sus milagros y creía. No todos los que ven milagros creen. Me pasa a mí que he visto muchos milagros en mi vida y me cuesta creer. La fe tiene que ver con esa confianza en lo imposible. Es creer en lo que no poseo, en lo que aún no es realidad. ¿Será posible? Si no creo no lucho. Si no espero no me pongo en camino. Si no siento que la vida es manejable no me lanzo a la aventura. Hoy falta fe en hacer cosas grandes. La actitud es lo importante en la vida. El que se enfrenta a los desafíos con la actitud correcta llegará lejos. El que lo hace con miedo, sin confianza, temblando ya lleva escrita en la mirada la derrota. Creer cuando no hay muchas posibilidades de éxito es un don de Dios en mi vida. Si creo cuando todo es fácil no hay mérito. Si sigo con esperanza cuando las circunstancias son adversas habla bien de mi resiliencia, esa capacidad mía de reponerme en medio de las contrariedades. Necesito que Dios aumente mi fe. Porque cuando me entra el miedo y comienzo a temblar mi fe palidece y cae. Siento que puedo dar más de mí y no lo consigo. No tengo fuerzas, no tengo esperanza. ¿Será posible vencer cuando todo está en contra? ¿Cómo consigo que aumente mi fe? No creo en lo bueno que hay en mí. Cuando caigo de nuevo en los mismos pecados. Cuando me dejo llevar por la tristeza y el desánimo. Cuando veo la montaña ante mí y me parece imposible de superar. En esos momentos tiemblo y no me abrazo a Dios. Me repliego con miedo sobre mí mismo, incapaz de romper las barreras que como creencias limitantes yo mismo me he impuesto. Rezo en el salmo: *«Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra; mi alma aguarda al Señor, más que el centinela la aurora. Aguarde Israel al Señor, como el centinela la aurora. Porque del Señor viene la misericordia, la redención copiosa; y él redimirá a Israel de todos sus delitos»*. Espero en el poder de Dios. No creo que el mal pueda ser tan poderoso que pueda con el bien. Hay mucha más bondad en mi interior que maldad. Puedo hacer muchas más cosas bien. Los errores vendrán y las caídas, pero no dejaré de confiar y esperar, seguiré creyendo incluso cuando mis amigos me desanimen en medio de la lucha. Creeré que es posible escalar las montañas más altas. Me gusta la palabra esperanza. Me habla de un bien escondido, de un valor inmenso que se abre a los ojos de mi alma. Puedo ver lo que muchos no ven y esperar en todo aquello en lo que muchos no esperan. Como si la vida dependiese de los resultados positivos. En medio de mis derrotas sigo lleno de esperanza. Está escondida en esta tierra seca que sueña con el agua. En lo más profundo donde manan torrentes de agua viva, pozos escondidos que nadie ve, en los que nadie espera. la esperanza cuando la derrota parece segura es un don de Dios. espero contra toda esperanza. No son esas expectativas que tantas veces se ven frustradas. Es algo más grande, más pleno. Vivir en una tierra de esperanza es mirar al cielo en medio del desierto y creer en la lluvia que lo cambiará todo. No me desanimo, doy ánimos, doy esperanza. hablo con palabras alegres que pacifican el alma. No me inquieto, no me turbo. Tengo esa actitud tranquila para enfrentar los contratiempos. Nada de lo que me pueda pasar me asusta. Siento una honda libertad interior ante el futuro. Sea lo que sea me mantendré firme, en pie, alegre y convencido. Dios habita en mí y su presencia me sostiene. Mi fe en Dios es más grande de lo que nunca hubiera pensado. Puedo dar más, puedo seguir corriendo y soñando, puedo intentar dar la vida una y mil

veces. Cuando llegue el momento de la derrota nadie podrá decir que no lo he intentado. No tengo que demostrarle nada a nadie. Quiero dar lo mejor de mí, sin miedo al fracaso. No me desanimo cuando las cosas salen mal. **Sigo esperando, sigo abrazando ese mundo nuevo que no poseo, no me pertenece pero es la luz que ilumina mis pasos. En Dios confío.**

Cada vez que escucho el relato del Génesis me impresiona. ¿Cómo sucedió todo? No le interesa al que escribió este texto una descripción histórica de lo que pasó. No quiere mostrar cómo fue todo de forma literal. Es una interpretación teológica. Es una mirada sobre Dios, sobre el hombre. He nacido con una herida en el alma. Rompí a llorar de niño. Hay en mí al nacer una inocencia prístina, pura. Con el paso de los años esa mirada pura e inocente deja de serlo. Y el corazón se engaña y peca, se deja tentar. El pueblo de Israel al escribir este relato muestra un proceso del alma. Algo pasó que cambió mi vocación primera. Nací para vivir en el paraíso. Sin pecado, sin enfermedad, sin sufrimiento, sin muerte. El paraíso que describe el Génesis es ese jardín en el que Adán y Eva, los primeros hombres, caminan con su Padre y viven felices, sin tiempo, sin final, sin muerte, sin dolor. Algo sucedió para que fuéramos expulsados del paraíso. Algo que acabó con mi vocación primera, porque es esa, recuperar la inocencia primera, la santidad originaria con la que Dios me pensó. Vino el pecado y cambió la mirada de los hombres. Sólo de un árbol no podían comer. Parecía ser un árbol cuyos frutos le darían al hombre el conocimiento total, la sabiduría plena. ¿No sigue siendo esa mi mayor tentación? Quiero ser como Dios, quiero ser un dios que crea y destruye, hace y deshace, da la vida y la quita. Un dios todopoderoso. La serpiente, imagen del mal, del demonio en mi vida, tienta a Eva y Adán. Les dice que si desobedecen serán ellos como dioses y no estarán sometidos a su Padre. Les hace ver que la obediencia es un sometimiento, es un abuso del que tiene autoridad. Es malo vivir sometido a un Dios arbitrario. Es mejor tener poder, mandar, decidir, hacer y deshacer a mi antojo. ¿Acaso no es esa la gran tentación del hombre? Querer tener un poder sin límites. Donde no haya dioses que pongan límites. ¿No le bastaba entonces el paraíso al hombre? Allí eran felices. Iban desnudos y no lo sabían. Vivían en la verdad plena y nada estaba oculto a sus ojos. Eran amados, se sabían amados y amaban. ¿Se puede pedir más? Bastó una tentación. Que me ofrecieran algo que no tenía. Ellos no eran dioses, eran creaturas hechas a la imagen de Dios. Así nacemos, limitados, somos pequeños. Así fuimos creados en el paraíso. Había un Padre por encima del hombre. Un Dios bueno y misericordioso desde la creación que sólo quería amar al hombre y ser amado por él. Le puso una condición, que comieran de cualquier árbol menos de uno. ¿Por qué? Porque si lo hacían perderían lo que tenían. Ellos no querían perder el paraíso, pero querían más. Tal vez el corazón del hombre no se conforma nunca con lo que tiene y desea más. Y al desear más y desobedecer viene una terrible consecuencia: *«Cuando Adán comió del árbol, el Señor Dios lo llamó y le dijo: - ¿Dónde estás? Él contestó: - Oí tu ruido en el jardín, me dio miedo, porque estaba desnudo, y me escondí. El Señor Dios le replicó: - ¿Quién te informó de que estabas desnudo?, ¿es que has comido del árbol del que te prohibí comer?»*. El hombre se esconde. Ya no es tan libre. Ahora tiene algo que esconder. Se siente desnudo y descubre el pudor. No quiere que lo vean en su verdad. Ha desobedecido, ha faltado a su promesa, a su palabra. No ha cumplido lo único que le pidió Dios que cumpliera. Se esconde. Yo me escondo cuando quiero ocultar cosas a otros, a Dios. Me escondo cuando no quiero que sepan toda mi verdad, que sepan quién soy. Me escondo porque no soy totalmente puro e inocente como era el hombre en el paraíso. Tengo miedo de que me vean como soy y me rechacen. Escondo mi desnudez, mi fealdad, mi gordura. Escondo mi pecado, mis límites, mi pobreza. Escondo lo que no me gusta de mí, porque no me amo como me ama Dios, me amo peor, de forma condicionada. La desobediencia me vuelve huidizo y mentiroso. No soy el que era antes de caer, de pecar. Necesito esconder mi pecado, mi mancha, mi falta de belleza. Y todo eso provoca un cambio en el corazón. Antes Adán y Eva vivían en armonía. Se amaban, se respetaban, se cuidaban. Pero ahora, después del pecado, Adán se defiende y acusa a Eva: *«Adán respondió: - La mujer que me diste como compañera me ofreció del fruto y comí»*. Siente que no es culpa suya. Le mujer se dejó tentar por la serpiente y él mismo por la mujer. Y entonces se sintió muy débil, muy insignificante. Ha traicionado a aquella mujer que Dios le dio por compañera para siempre. Se ha roto ese vínculo primero y más sólido. El vínculo esponsal entre el hombre y la mujer. Se necesitan, pero en un momento de dificultad, de crisis, uno de los dos puede traicionar al otro y lo acusa. ¿Tan débil puede llegar a ser el amor humano? ¡Cuántas veces parejas que se amaban con locura, casi de forma perfecta, pasan en un abrir y cerrar de ojos de un extremo al otro, del amor más bello al odio más feo! Ese amor que parecía perfecto e inmaculado se torna gris, esquivo y egoísta. Deja de amar a su mujer

y la acusa. Como si él no tuviera culpa alguna. Entonces Dios se enfrenta a la mujer que también estaba escondida: *«El Señor Dios dijo a la mujer: - ¿Qué has hecho? La mujer respondió: - La serpiente me sedujo y comí»*. Y la mujer descubre la fuente del pecado, fue la serpiente, se dejó tentar, cayó. Porque el hombre primero en el paraíso no era inmune a la tentación. No estaba libre de pecado. Podía caer y así sucedió. Se dejó tentar y echó a perder todo el amor que existía en sus vidas. Y Dios entonces castiga a la serpiente: *«El Señor Dios dijo a la serpiente: Por haber hecho eso, maldita tú entre todo el ganado y todas las fieras del campo; te arrastrarás sobre el vientre y comerás polvo toda tu vida; pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; esta te aplastará la cabeza cuando tú la hieras en el talón»*. Es una escena impresionante, un drama. Adán y Eva serán expulsados del paraíso. Trabajarán con el sudor de su esfuerzo. Y darán a luz con dolor. Los dones del paraíso se pierden para siempre y quedará en el hombre el anhelo de un paraíso infinito, pleno, para siempre. Esa sed de Dios no se agota, permanece en mí. Tengo un deseo insaciable de cielo. No descansaré hasta que vuelva a ese paraíso que dejé un día. El destierro no será para siempre. Estoy destinado a volver al cielo, a volver al Edén donde podré pasear con Dios y con mis seres queridos toda la eternidad. Ya no habrá dolor, ni muerte, ni separación, ni angustia. Será un presente eterno que sacie mi sed de amor. Ya no me esconderé ni tendré pudor por ir desnudo. Mi verdad me hará libre y me dará una paz inmensa. Y Dios caminará a mi lado y yo seré el hijo más amado y feliz. No querré ser como Dios. **Simplemente seré feliz en esa obediencia que me da una calma infinita.**

No quiero olvidar que todo es misericordia. Es don, es gracia, es bendición, es inmerecido. Cuando me olvido de lo importante exijo, demando, me lleno de amargura y de quejas, de reclamos, de reproches. Cuando vivo la gracia me asombro. *«Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa. Desde lo hondo a ti grito, Señor; Señor, escucha mi Voz; estén tus oídos atentos a la voz de mi súplica. Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir? Pero de ti procede el perdón, y así infundes temor»*. Menos mal que Dios no lleva cuenta del mal que hago, del dolor que provocho en otros, de mis caídas y mis errores. No lleva cuenta de los vasos que he roto, de los platos que se me han caído en mi torpeza. No me recuerda lo mal que lo hice ni me dice que no dije o hice lo que podía haber dicho o hecho. A veces es que no sé si callar o hablar. No sé si es mi orgullo el que quiere que hable o es Dios el que me lo pide. Y le suplico al Espíritu Santo que me calle cuando no tenga que hablar. Y que me fuerce a gritar cuando no pueda quedarme callado. Necesito contar las alegrías que llevo dentro. No hace falta que les hable de mis quejas y de las injusticias que he sufrido. ¿Habrán sido de verdad injusticias? ¿No es mucho más grande el don que el merecimiento? No quiero olvidarme de lo privilegiado que soy. Como si un mar de misericordias me hubiera anegado y ya no tuviera más palabras para agradecer. No merece la pena seguir dando gracias. O quizás sí. Porque todo es acción de gracias. Aunque me repita y lo diga mil veces. Perdóname si lo hago. Te doy gracias, Señor, porque me has salvado. Cuando en medio de las aguas he sentido el miedo. ¿Cómo no temblar cuando el piso no es firme y todo es tan ambiguo, tan delicado, tan inestable? Miedo a la muerte y al fracaso. Miedo a no ser lo que todos esperan. ¿Qué esperan de verdad? ¿Qué yo sea para ellos la realización de una promesa? ¿Es el hecho de correr sobre las aguas una proeza que los alegre a ellos? Vanidad, pienso que es mi orgullo o mi amor propio el que me mantiene a veces en una carrera sin freno, sin pausa. Quisiera reconocer a Dios frente a mí diciéndome: no temas. Es misericordia, es don, es gracia. La victoria no es mía incluso cuando venzo. Igual que el amor no es mío, Dios lo puso en mí para poder darme, ¿dónde está el mérito? Te lo mereces, dicen algunos, mentiras. Nadie se merece nada. Porque las cosas no son justas. No todo el que se esfuerza y trabaja obtiene el premio soñado, alcanza el logro esperado. Y uno piensa en su interior, se lo merece. Porque es bueno, porque ha trabajado, porque lo ha hecho bien y se merece ser feliz. Pero la felicidad no es merecida. Es un don, una gracia, algo que sucede cuando deo de aferrarme a una certeza inexistente sobre un mar revuelto. ¿Cómo no voy a tener miedo! Es lo más humano que puedo sentir, lo más mío. Es como algo que me vuelve más incompleto. El miedo a hundirme, a desaparecer, a defraudar a otros. Mi orgullo. La espera es larga hasta la meta. Y las expectativas de los que observan es pesada, como una carga excesiva para mis pocas fuerzas. Merezco poder intentarlo de nuevo. Merezco darme una nueva oportunidad. Eso sí, me lo merezco y por eso vuelvo a saltar desde la seguridad de mi barca. No quiero caerme, me tiro, me lanzo como ese hombre audaz y lleno de confianza. Quisiera abrazar a todos los hombres para darles un amor que no es mío, que es de Dios. Y en un abrazo incompleto, torpe y vacío entregarles ese amor infinito que no cabe en mis brazos. Sólo eso, una tenue brisa que evoca un viento huracanado. O una llama vacilante que

evoca un fuego devorador. No hago yo los planes, no los construyo. No soy yo el que edifica una casa a Dios, es más bien Él el que me construye a mí, su casa. Porque quiere habitar en mí, no importa el estado de los cimientos, ni la suciedad, ni el ruido. Tomo aire como un valiente en medio de la batalla. Sé que las luchas serán continuas y las derrotas. Me hundiré y sentiré sus brazos alzándose entre las aguas. Pensé que me hundía, le diré entre lágrimas. **Sonreiré feliz, salvado.**

La familia de Jesús lo busca. Las palabras del evangelista me sorprenden: *«Al enterarse su familia, vinieron a llevárselo, porque se decía que estaba fuera de sí. Llegan su madre y sus hermanos y, desde fuera, lo mandaron llamar. La gente que tenía sentada alrededor le dice: - Mira, tu madre y tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan. Él les pregunta: - ¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados alrededor, dice: - Estos son mi madre y mis hermanos. El que haga la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre».* Aquellos que en Nazaret no vieron milagros vienen ahora a buscarlo. La familia de Jesús que quería ver milagros cree que está fuera de sí. En realidad les falta fe en el poder de Jesús. No creen en su divinidad. Ven que hace cosas extrañas, diferentes a las que se podían esperar de un maestro. Quieren protegerlo, porque no lo entienden. Dirá Él que nadie es profeta en su tierra. Porque en medio de su familia es donde todos conocen su debilidad. ¿Qué tiene de especial esa persona a la que todos admiran y cuya fragilidad yo conozco tan bien? No es fácil canonizar a un pariente, a alguien que está demasiado cerca. Y es que en la proximidad los defectos y pecados se hacen más evidentes. No se puede elevar a los altares la carne pecadora que comparte mi mismo camino. Les asusta que haga locuras ese familiar suyo. No conocen a Jesús y lo temen. No lo entienden. En ocasiones es mejor tener un perfil bajo y pasar desapercibido. Que no me vean, que no me oigan, que no sepan de mí. No es tan sencillo. Temen por la vida de Jesús, seguro. Y lo buscan. Entonces Jesús amplía el concepto de familia. Su madre y sus hermanos son todos los creyentes. Parece tan fácil decirlo, el que escucha a Dios y hace su voluntad es familia de Jesús. El que se mantiene firme en el seguimiento de Dios. Fiel en el amor. Estoy unido por el vínculo divino a todos los que hacen la voluntad de Dios. Pertenezco a una comunidad, a una familia, en la que el amor de Cristo se hace presente. Quiero tener esa mirada abierta a Dios para encontrarlo en todo lo que me pasa. Quiero tener el corazón limpio para poder verlo. Bienaventurados los puros de corazón porque ellos verán a Dios. El que no tiene ni el corazón ni la mirada limpios no es capaz de ver a Dios. El mayor pecado es negar la existencia evidente del poder de Dios, del Espíritu Santo: *«En verdad os digo, todo se les podrá perdonar a los hombres: los pecados y cualquier blasfemia que digan; pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás, cargará con su pecado para siempre. Se refería a los que decían que tenía dentro un espíritu inmundo».* Al acusar a Jesús de actuar con el demonio dentro están negando la obra evidente del amor de Dios en su vida. Niegan la bondad de todas sus obras: *«Tiene dentro a Belzebú y expulsa a los demonios con el poder del jefe de los demonios».* ¿Cómo puede tener al demonio dentro aquel que hace obras buenas en la fuerza del Espíritu Santo? ¿Cómo pueden ser malas las obras buenas? No se puede hacer el bien cuando me invade el mal. La fe es propia de aquel que tiene a Dios en su interior. Hoy lo escucho: *«Creí, por eso hablé, también nosotros creemos y por eso hablamos; sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús también nos resucitará a nosotros con Jesús y nos presentará con vosotros ante él. Pues todo esto es para vuestro bien, a fin de que cuantos más reciban la gracia, mayor sea el agradecimiento, para gloria de Dios. Por eso, no nos acobardamos, sino que, aun cuando nuestro hombre exterior se vaya desmoronando, nuestro hombre interior se va renovando día a día».* La fuerza del Espíritu Santo es la que me mantiene como creyente. Me va renovando en mi interior y me va llevando a descubrir la voluntad de Dios en mi vida. Si tengo fe y Dios está dentro de mí mis obras no pueden ser malas. Tengo el bien en mi interior. No puedo negar a Dios que actúa en mis gestos, en mis obras. Por eso cuando alguien actúa mal es imposible ver a Dios en sus obras. En las obras buenas es más fácil verlo. Escondido, actuando. Cuando detrás de obras buenas yo veo el mal querrá decir que tengo la mirada sucia. No soy capaz de valorar el bien que hace los demás. Juzgo sus intenciones. Malinterpreto sus obras. Por eso resulta tan doloroso que alguien que se supone que está cerca de Dios haga obras malas. Escandaliza el pecado de los buenos, de los que están en la Iglesia, de los que van a misa y se confiesan. De los que hablan de normas morales que hay que cumplir. No es tan sencillo. Llevar a Dios dentro y actuar siempre movidos por el deseo de hacer el bien. **Quiero creer en el poder del Espíritu en mi vida. Su amor me cambia y me hace capaz de hacer el bien.**